

NO TENGO TIEMPO

(SEXTA ENTREGA)

POR

CIENCIA VUDÚ

¿Por qué trabajas aquí?

Siempre había querido preguntarle eso a la Maldad, digo, no parece tener necesidad. Y, sin embargo, aquí está, en la caja junto a mí, atendiendo clientes. Eso es bueno.

En la fila frente a nosotras tenemos a tres chavitas fresas de unos catorce años, de lejos se ve que bajaron del Pedregal. Visten muy alternativas: blusa al ombligo, jeans a la cadera y minitanga de fuera. No sé si las odio o las envidio.

O más bien las dos cosas.

Es la primera vez que la Maldad y yo hablamos de algo que no sea sexo. Ella me responde que trabaja en este changarro para ahorrar y pagarse un curso para entrar a la UNAM. Ya sabes, de esos en los que se supone que te preparan para presentar el examen y sólo pagas hasta que entras, es una transa, pero, bueno, ni modo.

¿Tu novio no puede pagarte una escuela privada?

Eso de ser fresa es algo relativo. Digo, para mí estas chavitas son fresísimas y para ellas yo debo de ser una naca. Para otras personas yo misma debo de ser bastante fresa.

La Maldad me responde: estás loca o qué, jamás dejaría que mi güey me pagara una cosa así. No mames. Mira, mi jefe ahora no tiene trabajo y si quiero el curso debo pagármelo yo. Antes trabajaba en otro restorán, pero querían que me cortara el pelo, se me tenía que ver la nuca, por la higiene y esas cosas. Nel. Un trabajo no vale mi melena.

La Maldad me mira.

¿Y tú por qué trabajas aquí?

Las fresitas ya casi llegan a nosotras. Güey, dice una, pues vas, te escapabas tres horas, te lo coges y regresas. Su amiga le responde que no mame, qué hace con su novio. La respuesta de la tercera es: pinche naco, que se chingue. O sea, no mames, no digas eso, es mi novio. Pues sí, pero es un naco. Es más, ten güey. La amiga saca de su bolsa un condón y se lo da. La otra lo piensa y luego lo toma y se lo guarda.

La Maldad las mira y sonrío mientras las atiende. Hace tiempo trabajaba en Locatel, me cuenta, ¿tú crees? No duré mucho. Atendía llamadas y las canalizaba con las áreas adecuadas. A veces me llegaban unas muy gruesas y tenía que escuchar sus problemas. Una vez habló una señora desesperada porque había descubierto a su hijo de quince cogiéndose a su hermana de doce, lo peor, decía ella, era que no la estaba obligando: la niña también quería; la pobre no sabía qué hacer. Otra vez habló un señor llorando: había intentado violar a su bebé y lo había matado. La señora no sabía qué hacer, el señor no sabía qué hacer, yo tampoco sabía qué hacer, ese es el problema: cuando pasan cosas así no hay nada que hacer. Después de un trabajo como ese, hacer hamburguesas no tiene ninguna ciencia.

La Maldad termina de hablar y las fresitas ya no están hablando, nos están mirando con cara de asco e incredulidad.

¿Y?, me pregunta, ¿entonces? ¿Tú por qué trabajas aquí?

No sé qué contestarle.



Recibo cien.

Repito la orden al cliente que tengo frente de mí: una hamburguesa doble con papas y refresco medianos.

Atender las órdenes de los clientes en este momento no es fácil para mí. Bueno, nunca es fácil, pero hoy es más difícil.

¿Quisiera papas y refresco grandes por sólo seis pesos más?

El cliente, que tiene pinta de guarura, pone cara de impaciencia. Eso sucede casi siempre.

¿Desea algún postre, alguna malteada para acompañar su orden?

Otra vez la cara de impaciencia, ahora es más fea.

¿Cuenta con la tarjeta de promoción? Definitivamente me va a golpear. ¿Le gustaría tener una?

Gracias por su consumo. Disfrute de sus alimentos. Hasta luego.

¡Chaparra, tienes una llamada! Dejo mi puesto y contesto el teléfono en la oficina del Gerente. Del otro lado de la línea escucho una voz que dice algo acerca de Sonia y un hospital. No entiendo muy bien qué se supone que deba de hacer con eso. Me asomo y veo a los montones de

clientes comiendo en las mesas, entre los colores chillones del lugar. Mis compañeros van de un lado a otro, gritando, llamando, recibiendo órdenes, preparando, regalando, sirviendo, comida. Cuelgo el teléfono y regreso a la caja.

Buenas tardes, le tomo su orden...



El Gerente se ve ridículo vestido como si fuera de intendencia. Según él, un buen jefe debe de ensuciarse las manos como el resto de los empleados. Estoy segura de que lo leyó en un libro de autoayuda. Es una manera de motivarnos. Y tiene razón, para mí es una gran motivación que alguien más haga el trabajo. Sale de los baños cargando la cubeta y el trapeador y nos reúne a todos porque hoy anuncia quién va a ser el empleado del mes. Es la foto de quien quedará junto al Güero de Rancho.

El día de hoy ha sido especial. El Gerente apareció vestido así desde la mañana. Se veía lleno de ánimos, como antes. Me daba un poco de cosa, no se me fuera a pegar. Nos juntó y nos dijo que nadie saldría de aquí hasta que nuestro hogar (así lo llamó) volviera a ser el de antes, él iba a poner el ejemplo. A todos nos puso dio alguna tarea inútil que hacer y él se dedicó a pulir los vidrios que seguían rayados con lo de las vacas. En eso se le fue todo el día. Me pregunté si no hubiera sido más fácil cambiarlos.

La Ñoña de Lentes se me acerca y me desea suerte. Yo quisiera agarrar una de las bandejas de comida y ponérsela de collar. En lugar de eso, le deseo suerte también. Todo el chiste de ser el empleado del mes consiste en que pongan

tu foto en la pared, ni siquiera te dan dinero o te dejan salir temprano algún día. De todos modos es lo más que una puede obtener. El Tipo Asqueroso mira las fotos ido, pero bueno, así ve todas las cosas todo el tiempo.

En las bocinas del restaurante suena Alejandro Sanz o Juanes o alguien parecido. Es la hora de irnos, hace media hora cerramos, pero todos estamos todavía terminando algunas tareas. La Maldad camina de un lado a otro, impaciente por irse porque seguramente su novio la está esperando allá afuera, no pela a nadie; el Tipo Asqueroso deja de mirar insistentemente las fotos para mirarme a mí insistentemente; la Ñoña de Lentes está parada al centro, esperando al Gerente. Me pregunto por qué no podemos hacer algo más que esto: tirar la comida por las ventanas, gritarle a los clientes insoportables, secuestrar al Gerente y destazarlo poco a poco para mezclar las partes de su cuerpo con las hamburguesas, mezclar veneno para ratas con la comida, trabajar más lento, poner Sepultura o Pantera a todo volumen en las bocinas, coger sobre las mesas, tirar toda la mierda que tenemos en los refrigeradores y servir comida de verdad, organizarnos en un sindicato, dejar de vender hamburguesas para hacer algo que nos guste. Cualquier cosa.

El Gerente mira orgulloso su obra. No hizo un mal trabajo: por supuesto, los vidrios siguen rayados, pero por lo menos ya no se puede leer nada en ellos. Su sonrisa es enorme, parece que se le va a caer la cabeza. ¡A ver chavos! ¡A ver chavos! Vamos todos. Uno a uno todos se acercan, la Maldad, el Güero de Rancho, el Tipo Asqueroso.

Todos. Finalmente yo también me acerco y me coloco en el círculo.

Muy bien, dice el Gerente, que se ha quitado el uniforme de intendencia y trae de nuevo su camisa de rayitas azules y blancas y la gorra puesta. Quiero que todos felicitemos al mejor empleado de este mes. El aplausómetro comienza a sonar:

*Clapclapclapclapclapclapclapclapclap.*



Música de violines inunda el vagón del metro.

Después comienzan a sonar unas maracas y ya no entiendo nada.

No hay mucha gente en el metro, a estas horas y en las últimas estaciones de la línea verde, una puede ir sentada. Las puertas se abrieron en Miguel Ángel de Quevedo y entró un señor flaquito cargando una maleta enorme. Eso casi siempre quiere decir que se trata de un vendedor de discos pirata. No me he equivocado, en cuanto se cierran las puertas saca una bocina y llena el vagón de metro con violines y maracas.

Hace unos minutos, cuando estaba en la fila para comprar mi boleto del metro, escuché a la persona detrás de mí hablando sola. Quería voltear y no me atrevía, sólo podía escuchar el murmullo, una y otra vez:

*Harecrishnaharechrisnacrishnacrishnahareramahareramaramarama.*

Una y otra vez.

Pagué el boleto y mientras me iba hacia el andén vi que era de un chavo delgado, con el pelo muy negro corto y

una chamarra militar. Tenía los ojos cerrados mientras recitaba. Cuando me fui los abrió y se adelantó en la fila.

Una señora enfrente de mí le pregunta al vendedor pirata si los discos compactos son normales. Es normal, le responde el pirata, puede oírlos en cualquier grabadora, las mejores piezas en violín: "Polvo en el viento", "La canción de Annie", "Ojo en el cielo", "El caballo sin nombre", "Más que un sentimiento", y otras, diez pesos solamente.

La señora saca una moneda de su bolsa y compra un disco. El pirata sigue hablando con ella: mire éste que ya vamos a sacar próximamente, con los éxitos de... Quisiera saber cuáles serán los próximos éxitos. Desgraciadamente ya llegamos a Copilco y aquí me bajo.



El reloj del microondas me dice que faltan cuarenta y cinco minutos para ir a trabajar. Sentada en la mesa de la cocina pienso qué importante se ha vuelto ese aparato para la supervivencia de los habitantes de este departamento. El único que cocinaba aquí, cuando quería, era mi papá. Eso era sobretodo los fines de semana. Aunque a veces no le salía bien. Una vez intentó hacer una paella y quedó toda batida, como no conseguía que se viera amarilla la ahogó de azafrán. El arroz seguía de un color pardo enfermizo y terminó por echarle colorante McCormick. Estaba horrible y nos la tuvimos que comer porque no había nada más y ya era tarde. A veces también le daba por hacer una especie de coctel de camarón que no estaba mal, con mucho limón y chile verde picado. Hoy todo son verduras congeladas, papas fritas congeladas y minipizzas congeladas. De vez en cuando hay jamón y queso, pero luego hay jamón y queso y no hay pan o tortillas para comérselos. Aquí nunca hay suficiente de nada al mismo tiempo. Nunca hay papel de baño, servilletas y kleenex al mismo tiempo, tenemos que sonarnos la nariz con papel de baño, limpiarnos la boca con kleenex e ir al baño con servilletas.

Cualquiera pensaría que una casa donde viven tres mujeres no puede ser así.

Me levanto y tomo el cartón de leche del refri. Lo huelo para ver si está buena todavía, no estoy segura porque nunca he tenido buen olfato. Remojo el dedo meñique, lo pruebo y sigo sin estar segura. Me sirvo leche en el vaso y me la tomo rápidamente. Cuando termino siento que voy a acabar vomitándola toda en el baño y que va a ser muy pronto. De todos modos la leche no me cae bien desde que se descompuso el refrigerador y me tomé todo un litro para que no se echara a perder. El otro día Sonia me contó que el bebé volvió a patear. Nomás de escucharla decir eso a mí me dieron ganas de patearla a mí también. En lugar de eso le sonreí y me fui a mi cuarto.

Últimamente me cuesta trabajo recordar cómo era todo antes. Esta cocina fue nueva algún día. Hoy a la alacena le falta una puerta. Está llena de latas pasadas que nadie ha tirado a la basura y seguirán ahí por mucho tiempo más. De cualquier modo las latas contienen productos inútiles: una sopa de queso, relleno para pastel de carne, alubias en salmuera... Alguien pensó que era buena idea comprar todo eso por si acaso. Los cuchillos están oxidados, los sartenes cochambrosos, las vajillas incompletas. La jarra de la cafetera se rompió hace mucho y desde entonces ponemos cualquier cosa debajo del chorro hirviendo para tomar café. Algunos azulejos de la pared se han caído ya y el linóleo del piso se ha desprendido en algunas partes, en otras simplemente ha desaparecido. Los vasos de cristal están despostillados y los de plástico están rayados y cuarteados. El vaso en el que estoy tomando leche tiene

escrito la palabra NARANJA en muchos idiomas que no conozco, no importa porque todas las palabras quieren decir lo mismo. Lavo los trastes del desayuno.

El reloj del micro me dice que hace hora y media tendría que estar en mi trabajo.



Secretaria, tiempo completo: creo que no; auxiliar contable: tampoco; vendedores de vinos de mesa españoles: no sé nada de vinos (no sé nada ni siquiera de cerveza); contador publico: no; secretaria otra vez; chofer de taxi: no sé manejar; guardias de seguridad privada: sospecho que no; ayudante en general: ¿ayudante de qué?; vendedora: quizá; programador analista; gerente, (Gerente); bienes raíces; vendedora de jeans; contador, (Contador); ingeniero, (Ingeniero); ejecutivo de cuenta, (¿qué es eso?); empresa líder en su ramo solicita asistente administrativo que sea proactivo, (¿que sea qué?); mercadotecnia para una empresa turística internacional; ingeniero químico ventas (¿si es ingeniero químico para qué lo quieren en ventas?); meseros; si eres madre soltera, divorciada, no importa la edad, te invitamos a formar parte de nuestro equipo de ventas; solicitamos demoedecanes, (¿existe esa palabra?)

